







LAS ACROBACIAS DEL PEZ
PÍA BOUZAS

- Ilustrado por: POL CORONA

Bouzas, Pía

Las acrobacias del pez / Pía Bouzas ; edición literaria a cargo de Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Pol Corona. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 122 p. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 18)

ISBN 978-987-3772-26-9

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, Inés, ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Corona, Pol, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 19/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



PÍA BOUZAS

BUENOS AIRES, 1968. Es licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Publicó los libros de cuentos *El mundo era un lugar maravilloso*, *Extranjeras*, (finalista del concurso Casa de las Américas 2008 y Mención del Fondo Nacional de las Artes 2007), y *El Polaco*. Participó en diversas antologías argentinas y españolas como *Buenos Aires no duerme*, *Cuentos*, *Cuentos Olímpicos*, *El*

tiempo de los mayores, Verso y reverso y Gascón 450. Es coeditora de la revista virtual www.cuatrocuentos.wordpress.com



POL CORONA

PERPIGNAN, FRANCIA 1987. Vive en Buenos Aires desde el 2004. Es graffitero y muralista. Autogestionó más de 100 murales e intervenciones callejeras en Buenos Aires, San Juan, Santa Fe, Jujuy, Bolivia, Perú y España. Participó del III Congreso Argentino de Cultura en San Juan (2010). Fue invitado en el año 2012 y 2014 al Festival Internacional de Arte Público *Latido Americano*

realizado en la ciudad de Lima (Perú). Realizó su primera muestra en solitario *Solo Show* en Madrid (2012). Intervino la fachada de la empresa Sullair Argentina S.A. junto al artista Mart en 2013. Actualmente gestiona y cura murales en el barrio de Barracas para el proyecto Sullair Cultura. Se puede ver su obra en:

- [flickr.com/polcorona](https://www.flickr.com/photos/polcorona/)

LA LIEBRE



–Una mina en un yacimiento trae mala suerte –me advirtió Luciana en el aeropuerto de Neuquén, mientras despachábamos el equipaje–. Lo vas a escuchar apenas te des vuelta, pero vos, como si nada, no les des bola.

Luciana dirigía uno de los equipos de perforación que estaban trabajando en

Rincón de los Sauces desde hacía unos meses; el mismo puesto para el que me habían contratado. Por eso estábamos en el aeropuerto de Neuquén, esperando. Y mientras se armaba la fila de hombres frente a la puerta de embarque, continuó:

–Es bastante simple. Los tipos al principio te van a querer coger, después van a decir que sos torta; y al final van a verte como uno más de ellos. Es cuestión de aguantar.

Muy bien, pensé mientras pasaba la



mochila por el detector de metales, es fácil. Esa cualidad era casi natural en mí, podía obedecer si era necesario, mimetizarme o resistir, podría vivir en el yacimiento y regresar a Buenos Aires cada quince días como si nada cambiara. A mi novio le había dado poca información, la imprescindible. Suponía el resto, probablemente, pero prefería callarse. Mis amigas me miraban como si hubiera sacado a la luz una personalidad desconocida. Dedicarse a la ingeniería y al petróleo les parecía raro, pero irse de Buenos

Aires al desierto era un exceso. Para mí no era ni una cosa ni la otra. Simplemente había aparecido la oportunidad, una puerta entreabierta, la señal de largada y la vista fija hacia adelante.

El avión aterrizó puntual en Rincón. Un hombre corriendo con el torso desnudo alrededor de la pista del aeropuerto fue lo primero que vi. Aunque decir pista y decir aeropuerto es mucho. Una explanada de tierra apisonada y una casilla que oficiaba de despacho de pasajeros era todo lo que había. Del otro



lado de la casilla estaba el campamento. Busqué los sauces como para darme confianza, pero no había un solo árbol por ningún lado. Después supe que una inundación a principios de siglo había arrasado con todo; el nombre era lo único que había sobrevivido. El pueblo quedaba a dos kilómetros y el paisaje era desierto pelado, viento, sol y una línea de bardas en el horizonte. Un cielo inmenso, compacto como una bóveda, sobre nuestras cabezas.

Cruzamos la pista. Sebastián, un em-

pleado de Recursos Humanos, nos estaba esperando en la casilla. Es obvio decir que no pasamos desapercibidas. Éramos las únicas mujeres y había cambio de guardia: todos los empleados (de todas las jerarquías) esperaban ansiosos subirse al avión que los iba a llevar a Neuquén y a Cutral-Có después de estar, promedio, diez días en el yacimiento. Había sonrisas, algún cigarrillo, caras expectantes, como la de quien empieza a celebrar antes de llegar a la fiesta. Al salir vi al hombre de torso desnudo en



uno de los extremos de la pista. Sentado en posición de meditación, de cara al sol. Iba a preguntarle a Sebastián quién era, pero en ese momento estaba muy ocupado haciendo sociales. Sebastián iba una vez por mes al pueblo y se quedaba uno o dos días, pero había vivido allí durante cuatro años. Cuatro años, pensaba yo, sin saber qué quería decir ese tiempo en un lugar como Rincón.

Sebastián fue nuestro cicerone en el campamento. Nos llevó a las habitaciones que nos habían destinado en el pabe-

llón y después a cenar. En el restaurante la mayoría de la gente sonríe, hace una broma, tira un lance. Un clima de campamento, por lo familiar: todos se conocen, todos están lejos de sus esposas e hijos, todos buscan nuevas relaciones.

–Esta vez me saluda todo el mundo –nos dijo cómplice–. Es la buena compañía.

–¿Son las chicas nuevas? –le preguntaban con sonrisa ladeada, como no queriendo importunar.

–Son las ingenieras –contestaba Se-



bastián, profesional—. Van a Perforación.

—Mirá vos —y cambiaban el tono, como si de la sorpresa pasaran al desafío—. ¿De Buenos Aires?

—Y de Mendoza —aclaraba Luciana.

Las chicas nuevas, después supimos, era como hablaban de las putas que estrenaba algún cabaret o algún casino, locales que pululaban como hongos en el pueblo. Los farolitos rojos se encendían a la noche frente a la puerta de cualquier casucha. Las tragamonedas y

las ruletas funcionaban todo el día atrás de los bares donde ofrecían karaoke. Cuando estábamos saliendo del restaurante, Sebastián se encontró con una amiga. La abrazó por la cintura sin que ella lo percibiera.

–¿Cómo estás, mi reina?

Daniela, así se llamaba, se dio vuelta. Era muy jovencita y había entrado para comprar cigarrillos.

–Vos otra vez por acá. ¿Cómo estás?
¿Después venís?

–No sé, tengo mucho trabajo.



–Mirá que soy la chica de la suerte esta semana. Venite nomás.

Daniela salió rechinando los tacos, su minifalda negra y su remera blanca de lycra.

–Trabaja en el casino, es fichera. ¿Quiéren ir? –nos propuso Sebastián–. Esta semana si ganamos con ella, nos pagan el doble.

Luciana se ajustó los anteojos de metal y sonrió sin despegar los labios, aunque era más un gesto de silencio que una sonrisa, y le pidió especificaciones

a Sebastián sobre la locación del equipo donde ella empezaría a trabajar al día siguiente. Luciana era una ingeniera reconcentrada, de cabello corto, negro, piel morena. Se vestía como todos los hombres del campamento, pantalón y camisa de jean cerrada hasta el cuello, y llevaba un portafolios negro de plástico duro, ribeteado en metal, como de empleado de banco. Pero era agradable, y cuando estábamos solas demostraba un humor sencillo y bonachón, como si la parquedad fuera un escudo. O un dis-



fraz. Por algún motivo imaginaba que había otra Luciana posible.

Esa noche, en la habitación, me obligué a dormir rápidamente. No importaba qué vendría a la mañana siguiente, de cualquier manera estaría allí durante quince días, así que era mejor estar bien descansada. Mi razonamiento fue el de un soldado dispuesto a asumir el deber y el de un colimba que va tachando los días que le restan; y aunque me despertó en la madrugada mi vecino ocupadísimo con alguna mujer, logré

permanecer dentro de mi sueño como en una burbuja.

Mi equipo estaba en Chihuido, a unos doscientos kilómetros del pueblo. Cinco tráileres, comedor, cocina, instalaciones de primera línea, alta tecnología. Cuando llegué y estreché la mano de los cinco operarios que formaban mi equipo, me saludaron con gesto amable. El más viejo y de más jerarquía era Miguel, hacía cinco años que trabajaba como supervisor, incluso sin ser



ingeniero. Tendría cerca de cuarenta años, un bigote poblado y ojos negros, intensos. Sonreía y me miraba de arriba abajo demasiado seguro de sí mismo, de su puesto y de mi inexperiencia. Los otros tres eran más tímidos o más nuevos y se limitaron a presentarse. Apenas me di vuelta pusieron cara de culo. Alguien tiró por lo bajo que las mujeres traían mala suerte. Dejé pasar la frase, como si fuera el viento que corría en ráfagas. Seguí hasta la camioneta y busqué el parte diario con las tareas que

había que empezar a hacer, las enumeré con parquedad. Miguel intervino como queriendo marcar la diferencia con el resto. ¿Debía confiar en sus buenas intenciones? Luciana me diría que no, que no creyera. Yo era mujer, ingeniera y jefa: imposible. La única ley que reconocen son las tiras en los uniformes. Como los milicos. Y agregó:

–Marcá los puntos y rompete el culo laburando. Solo así te van a respetar.

–Pero son las recomendaciones para ser una buena puta, Luciana.



–Vos reíte nomás, dale.

La actuación tendría su precio. A la noche empecé a escribir un cuaderno de notas. Las cosas del día, nada más, como si fuera necesaria una segunda vida para acostumbrarme. Anoté obsesivamente todo lo que había ocurrido. Después de escribir me dormí con facilidad, a pesar de los ruidos y los reflectores potentes. Muy cerca, el equipo seguía perforando, igual que durante todo el día.

El trabajo iba bien y en ocho días con-

cluimos la primera etapa. Yo era eficiente y tensa. Me calzaba los borcegos, me ataba el pelo y daba órdenes. A las seis de la mañana ya estaba fuera del tráiler, al lado del equipo. Miguel oscilaba entre la simpatía y el desafío. Si fuera una película americana, en algún momento vendría una escena emocional, la chica tensa al borde de una crisis de nervios, Miguel que viene y la protege, liman asperezas, quizás un beso a la luz de la luna en el desierto. Pero yo estaba blindada, no había lugar para las emociones.



Una noche me aguanté una descompostura con fiebre y vómitos solo para que nadie confundiera las cosas. ¿Por qué? Porque estaba en terreno resbaladizo, confuso. Desarrollé la paranoia al máximo, de la misma manera que los hombres eran paranoicos con nosotras: todo gesto estaba empapado de sentido. Si una pedía ayuda pedía en realidad sexo. Recién llegada, una noche Luciana volvió a su dormitorio y sintió un olor raro en la estufa. Pensó que podía haber alguna pérdida, así que le tocó la

puerta a su vecino; él la recibió con la toalla ajustada a la cintura, recién salido de la ducha. Luciana se sorprendió, balbuceó algo, él sonrió (ella en ese momento no le dio importancia a la sonrisa) y revisaron juntos la estufa. Al día siguiente era el hazmerreír del pueblo, que se le había tirado un lance, vamos, que quién iba a sentir olor a gas si en Rincón justamente el gas no tenía olor, a quién quería engañar. Conclusión: me aguanté los vómitos y la fiebre. Me quedaban cuatro días más hasta el primer



franco. Iba a sobrevivir.

Al día siguiente hubo cambio de equipo. La perforación había concluido así que esperamos a la gente de terminación para que rematara el trabajo. Lo hicieron sin traspies y cuatro días después el pozo quedó produciendo, con cigüeña y pileta, todo instalado. Esa noche, al escribir, sentí un orgullo especial, sorprendida ante mí misma. A la mañana siguiente agarré mi camioneta y enfilé hacia Rincón, encontré un viejo disco de AC/DC que alguien habría

olvidado y lo puse a todo volumen. Sí, era la música justa para atravesar el desierto ahora que iba de salida. Un golpe de libertad salvaje, de revancha. Y así era: tenía un avión a mediodía y quince días de franco por delante.

Cada vez que el avión se aproximaba al Auca Mahuida, un volcán apagado, había turbulencias. Pero en poco tiempo me acostumbré a dormir arrullada por el temblor; apenas el avión despe-gaba, caía muerta. Aprendí también a



comer rápidamente y mucho, a hablar fuerte, a golpear la puerta al salir. Cambié de talle a los tres meses, engordé. Mi cartuchera con maquillaje quedaba siempre en la mochila, intacta durante doce días.

En Buenos Aires las cosas no iban mucho mejor. Era difícil contar qué hacía yo, o más bien era aburrido. Nadie que no compartiera esa vida podía interesarse. Al cabo de una jornada de trabajo uno puede relatar lo que pasó y luego olvidar, pasar a otro tema. Impos-

sible con una rutina como la mía, aislada dos semanas en el campo. Algo de ese aislamiento viajaba conmigo. En el desierto es inevitable sentir la erosión del sol inclemente, del viento, del paisaje pelado. Te marca el paso, te chucea. Solo puede protegerte de la desolación una experiencia intensa, como el sexo, o el aislamiento, que era lo que yo había elegido. Y por esa misma razón en Buenos Aires esperaba lo contrario: un mundo amable, sin conflictos. Pero mi novio me miraba como si me hubie-



ra convertido en otra mujer, con algo de desconfianza y de asombro. A mí me parecía exagerado. Y entonces aparecían esas discusiones interminables que arruinaban las cenas y que surgían de motivos tan ridículos como un programa de televisión o el mensaje telefónico de una amiga. Por eso una noche le dije “dale, vení y cogeme de una vez, dejate de romper las pelotas”, como si lo importante pasara por la cama, pero él se detuvo en seco con la pila de platos sucios en la mano, absolutamente des-

concertado. Yo debí haberme controlado, a fin de cuentas no estaba en el pozo, con caños y barro en las botas, puteando porque el *casing* se quebraba y dando indicaciones a mansalva.

La relación se hizo más difícil a partir de entonces y mi hogar empezó a ser, de alguna manera, Rincón y su gente.

El trabajo iba bien. A los operarios los tenía saltando sobre aceite hirviendo, pero de a poco empezaban a respetarme de verdad. Miguel dejó de mirarme



como si pudiera protegerme, ya no era condescendiente. En su trato había camaradería pero también cierta competencia, como si esperara la oportunidad para saltar. Cuando estábamos en el pueblo, me invitaban a los asados y yo a veces iba, pero me volvía temprano, antes de que ellos fueran al casino o a algún cabaret. Me quedaba en la pieza, escribiendo.

Con el tiempo me di cuenta de que mi cuaderno de notas no expresaba gran cosa. Estaban todas las rutinas,

todos los pequeños conflictos, las discusiones, las frases; pero el proceso, el cambio, eso que rumiaba dentro de mi cuerpo no aparecía nunca. ¿Tendría que esperar una erupción violenta? Hasta ahora era mudo, inexpresable, Rincón actuaba sobre mí moldeándome como a la arcilla. Cuando lo leyera unos años después, lejos ya del campamento, no vería nada fuera de una rutina intensa de trabajo. Lo cual era falso.

El mes de agosto fue un desastre para Perforación. Tres equipos se rompieron.



Dos de ellos estaban a cargo de Luciana en Lomita Sur. Era la nieve, las tuberías congeladas, un guinche que se zafó y casi corta en dos a un operario. Fue el tema en varias reuniones de jefes de equipo, los gerentes estaban enloquecidos. Y cada vez que en Buenos Aires gritaban, alguien caía. Después de esa guardia coincidí con Luciana en el avión:

–No aguanto más. Voy a renunciar.

Iba a extrañarla, pero no le dije nada. Una menos. O una más que se va. Apenas pregunté lo imprescindible y me

despedí rápido en el aeropuerto. Tenía miedo de que una ficha hiciera caer a la otra, como en un juego de dominó. Y no era el momento. Unas semanas atrás había terminado con mi novio y me había mudado definitivamente a Neuquén. Tenía un departamento muy luminoso en el centro de la ciudad y durante los francos aprovechaba y hacía deporte, iba al cine; más adelante tomaría un curso de fotografía en la universidad, planeaba ir a San Martín, a Caviahue, recorrer la provincia.



El hombre de torso desnudo seguía corriendo diariamente alrededor de la pista del aeropuerto y meditando, de cara al sol, siempre que el clima se lo permitía. Desde el comienzo me había resultado inquietante, un enigma. Lo elemental había sido fácil de averiguar. Se llamaba Carlos y hacía once años que vivía en Rincón. Había pasado por todos los sectores del yacimiento, un hombre de perforación, duro, que ahora trabajaba en Recursos Humanos. Lo extraño era que aunque Sebastián

lo conocía desde hacía tiempo, había algo que no quería contar. En un pueblo donde se contaban con orgullo los cuernos, las escapadas a Puerto Montt con chicas del cabaret, la vida familiar de Carlos era un enigma: divorciado en malos términos, nada más. Su exmujer en Neuquén; su hija, en disputa. Era un buen tipo, todos lo querían. Un día apareció en nuestra locación con el gerente nuevo, encargado de mostrarle las instalaciones y los recursos con los que contaba el personal de campo. Re-



corrieron el lugar, hubo un asado para todos. Él comió poco, era vegetariano. Tenía un modo suave, afirmativo y ordenado, nada que ver con el machote de campo. Fue Miguel quien me contó la historia esa noche, bajo el título “las mujeres sí que son jodidas”:

–A ver ¿qué hizo? ¿Le metió los cuernos?

–Más que eso.

–¿Qué más, a ver?

–Se enamoró de la maestra de primer grado de su hija, y lo dejó de un día para

el otro. ¿Viste? Te agarré, te sorprendió. Imaginate él. Volvía de la guardia como en los últimos años, nada diferente, pero ella lo encaró y se las tomó con la maestra. El tipo quedó hecho pelota y ahí empezó con lo de la meditación. Dale que dale, a correr y a meditar. Ahora está esperando que lo trasladen a Cutral-có para vivir con la hija, pero acá son muy jodidos, vos sabés cuándo entrás a Rincón pero no cuándo salís.

Esa noche transcribí todo, tal cual lo dijo, como si cada palabra tuviera un



mensaje cifrado para mí. Cosa ridícula, la historia era transparente. Rincón, más que un yacimiento, a veces era un campo de concentración. Todos atados al pozo: los que amaban el petróleo, los que amaban la doble vida del pueblo, y los que solo querían plata y pensaban que, en cuanto quisieran, podrían volverse a sus pueblos. No había distinción para ninguno. Salí del tráiler. Era una noche estrellada, fresca, sin viento. Había luna. El horizonte de bardas se distinguía únicamente por el cambio

de intensidad de la oscuridad. Una se acostumbra a ver el cielo impregnado de estrellas, pero es algo a lo que no habría que acostumbrarse. En la ciudad después se extraña esa soledad.

Hubo más cambios en esa guardia. En el equipo contratista había empezado a trabajar una chica en la retroexcavadora. Arriba de la topadora, no paraba en toda la jornada. Los tipos se le iban al humo pero ella los mantenía a raya. Cuando me saludó, me dijo:

–A usted la conozco. Estaba con Sebas-



tián en el restaurante, hace unos meses.

Era difícil reconocerla detrás del “usted”, del casco, los anteojos negros y la camisa de jean, pero era ella, Daniela, la fichera: la chica de la suerte.

–Es cierto. ¿Y qué hacés vos acá?

–Pagan más que el casino. Tengo una hija chiquita, que va al jardín, imagínese. Aproveché que Sebastián me recomendaba.

De alternadora nocturna a soportar los rebotes de la topadora en los riñones era un cambio difícil de imaginar,

pero ahí estaba, orgullosa.

Esa noche mi celular sonó a la madrugada: un accidente en el pozo CH 305, mientras perforaban. Miguel. ¿Pero qué pasó? Se zafó el guinche y le dio en la pierna, lo tiró contra la grúa. No puede ser. Sí, está en el piso, nomás. Hay que llevarlo al pueblo. O a Neuquén directo. Tiene muy mal la pierna derecha. Ya le dimos un calmante, sí, pero igual. Está en un grito el pobre.

–Voy para allá.

Al principio soy solo un músculo ten-



so que trabaja rápido, un actor en la escena que le estaba preparada. Enciendo la camioneta, reviso el botiquín, controlo que no falte nada, aviso a la guardia en Rincón, armo la logística, hablo con Sebastián. Todo el mundo salta de la cama y al principio nadie entiende nada. En el trajín se cae el termo con agua sobre mi cuaderno de notas. Queda hecho un estropajo y lo tiro a la basura. Las palabras ya no son necesarias, soy pura acción. Algo implosiona en mí, la última barrera cae. Me ato el pelo y

el viento se lleva cualquier remilgo, me trepo a la camioneta. Arranco. Son cincuenta kilómetros por camino de tierra. Me concentro en la ruta, en los baches. El desierto está perimetrado pero igual es fácil perderse, los caminos se cruzan, se cortan; tengo que estar atenta. Es madrugada cerrada, no sé, serán las cuatro. Y no hay luna, o no la veo por ningún lado. Se ven luces de camionetas, algunas más hacia el este, como si fueran estrellas fugaces; otras cruzando hacia el sur. Una liebre patagónica corre al lado



de la ruta excitada por las luces. Corre y corre como si compitiera conmigo. Acelera si yo lo hago. Si me detengo por un bache me espera. Por un momento dejo de verla. Desaparece. Con tal que no se atravesase. En el primer cruce doblo hacia la derecha. Acelero aunque no esté permitido ir a más de treinta kilómetros por hora. Toda obediencia tiene un límite. No tengo sueño, nada, soy dos ojos abiertos y una mandíbula tensa. No tengo miedo. Ahí está otra vez, corriendo a mi lado. No hay peligros afue-

ra, la vida va en una sola dirección, la misma que sigue la liebre.





LOS JUEGOS DE MAX



A Max le gustaba hacer nudos marineros como a otros chicos hacer demostraciones con la pelota. Manipulaba las cuerdas con tal velocidad que sus dedos se volvían invisibles y los chicos quedaban boquiabiertos, encimados uno arriba del otro en el patio del colegio, Max en el centro, un pres-

tidigitador que entraba en la zona del misterio, de algo ligeramente prohibido. El ballestrinque, el pescador, el as de guía eran nudos elementales para principiantes de la navegación; el nudo corredizo también. Este último no exigía ninguna destreza particular y sin embargo la ronda de chicos se cerraba cuando Max sacaba el cabo que llevaba en el bolsillo del guardapolvo y lo armaba en un instante y lo exhibía en silencio pero orgulloso, como quien se anima a caminar solo por una calle os-



cura o a robarle el examen de la carpeta a la maestra. Sabía que si lo descubrían tendría problemas, pero no había forma de que eso pasara, en el recreo todos los chicos se confundían en una marea de gritos. Una vez hecho el nudo, se lo ponía él mismo alrededor de su cuello y torcía la cara en una mueca grotesca, hasta que alguna nena colada en la ronda le pedía que ya no lo hiciera, que le daba miedo. Pero si estaban en la casa, le tocaba el turno a Rocco, su perro. La persecución entonces quedaba ase-

gurada. Todos los chicos en fila india corriendo por la terraza, persiguiendo bandidos, ajusticiando salvajes.

Max era el menor de tres hermanos: Cintia, Javier y él. Hasta ahora. Porque justo unos días atrás su padre les había avisado que iban a tener otro hermanito. Los había pasado a buscar por el colegio, puntual a las cinco de la tarde, ¡qué sorpresa!, y los había llevado a tomar la leche a una confitería de Cabildo. Pidan lo que quieran, propuso. ¿Lo que queremos? Y aprovecharon:



medialunas, tostado de jamón y queso, jugo de naranja y Coca Cola. ¿Seguro se van a comer todo esto? Los tres asintieron y él accedió. El padre ese día se veía más alto, más rubio, más corpulento. De ascendencia eslava, pocas veces se le quitaba su condición de trasplantado. ¿Nena o varón?, preguntó Cintia. Todavía no se sabía. A Max la noticia no le gustó para nada; a su mamá cuando se lo dijeron, menos que menos; Javier ni fu ni fa; a Cintia, sí, por qué no. Ella se llevaba bien con la nueva novia de papá y

con todo el mundo en general. En cambio a Max le decían sí que sos chúcaro, vos, pendejo; y eso era por lo arisco. En realidad Max era arisco con los adultos que no conocía, o con las mujeres gordas, que invariablemente le decían qué lindo nene, tan rubio, vení, dale un besito a la tía. Y él salía corriendo porque no eran ni tías ni abuelas ni nada, solo mujeres gordas con labios muy pintados y restos de rouge en los dientes.

Dos años atrás, poco tiempo después de la separación, su mamá apareció una



nohecita con la novedad de los cursos de timonel. ¿Qué cosa?, preguntaron los tres hijos. Traía en su mano un pape-lucho celeste todo estrujado, que mos-traba como bandera y decía claramen-te: *Aprenda a navegar en cuatro meses. Cursos de timonel.* Su mamá estaba dis-puesta a aprender a navegar. Pero Glo-ria, ¿de dónde lo sacaste?, le preguntó su mejor amiga por teléfono esa misma noche. Del tren, contestó. Lo iba leyen-do el tipo al lado mío. Cuando se bajó, lo tiró al piso y yo lo agarré, así de fácil.

¡Pero Gloria! ¿Y qué querés que haga? No me voy a quedar encerrada en esta casa los fines de semana. Y los chicos tampoco, por favor.

Hasta ese momento de su vida, para Gloria navegar había sido tan extraño como tirarse en paracaídas, tallar esculturas o escribir una novela. Sin embargo, los sábados empezó a ir con regularidad a San Isidro. El club náutico estaba en el bajo, a la orilla del río; era un club sin pretensiones, venido a menos, que recibía a todos por igual, con



un aliento de humedad entre los sauces y la tierra siempre barrosa. Era una casa de una sola planta construida sobre pilotes para resguardarse de las crecidas. Una confitería modesta, al lado una sala para el dictado de los cursos, en el fondo del pasillo una oficinita y cómodas instalaciones para los baños; muy amplias, como si el club hubiera sido diseñado para miles de socios que nunca llegaron. De aquellos sueños quedaban el piano de madera con algunas teclas de menos y el timón circular de un bar-

co en el centro de la confitería, como para recordar que allí se ponía proa siempre hacia el norte.

Después de almorzar tomaban la clase práctica: con el barco escuela y el gomón de apoyo, el equipo entero salía al río. Invariablemente el viento húmedo los recibía de sopetón y el olor ligero del agua se les metía en el pelo. Serían diez las personas que tomaban el curso, muchos de ellos parejas constituidas, aunque había, sí, algunos divorciados, una viuda; en fin, diversas solterías.



Si hacía frío, se calaban hasta los huesos, llegaban empapados; con el sol se bronceaban incluso en invierno; con el viento se les cuarteaba la piel. Pero estos traspíés (en realidad formaban parte de la mística de la actividad) fueron temporarios, duraron hasta que consiguieron la indumentaria y las cremas adecuadas. A la noche enfilaban hacia el quincho del club y hacían asados que derivaban en guitarreadas. Uno de los muchachos, Rubén, tocaba la guitarra, tenía buen repertorio y cantaba lindo,

con intensidad. Pero además era robusto, fuerte, daban ganas de escucharlo; así que nadie se sorprendió cuando se puso de novio con una de las chicas más jóvenes. Fue al poco tiempo de comenzado el curso.

Los hijos de Gloria, mientras ella navegaba, se quedaban en el club. Comían en la confitería, jugaban, llevaban amigos. Cintia estaba encargada de cuidar de Max, siempre. Potreaban. Max se entretenía trepando a los árboles, tiraba piedras al río o improvisaba cañas



de pescar. Si habían tenido suerte, ponían los pescados en un balde con agua. Después elegían cuáles volverían al río. Al más grande lo dejaban solo, un poco más lejos y entre las piedras, hasta que moría. Después practicaban una exhaustiva disección.

Una tarde de otoño Max se quedó observando el proceso de muerte lenta: una vez fuera del balde el pez era una mancha plateada y gorda sobre las piedras, de ojos pasmados, gelatinosos. Abría al mismo tiempo la boca y las

branquias, agitado, con una frecuencia rápida; se impulsaba como un resorte y daba vueltas en el aire, perfectas, de gimnasta olímpico. Las escamas refractaban la luz del sol como un espejo. Max miraba con fascinación científica las acrobacias del pez; aunque hubiese querido, era imposible atraparlo, el cuerpo resbaloso giraba y saltaba como si el piso ardiera. Duró unos minutos, hasta que el agotamiento le fue ganando la partida. Entonces se quedó quieto, boqueando, sin oponer resistencia.



Cuando concluyó todo, Max estaba acullado frente a él, sosteniendo un palito en la mano. Cintia lo retó, le dijo que era horrible lo que estaba haciendo. Era preferible dejarlo morir en paz. Max no entendió muy bien la diferencia entre una cosa y otra, además él no le estaba haciendo nada, pero dijo en voz alta: ¿te imaginás la sorpresa que sintió el pescado cuando lo sacamos del agua?

Callate, Max, eso es cruel, ¿no te das cuenta?, insistió Cintia. Y ponete la campera que hace frío.

Por suerte Javier no era como Cintia. Una vez que el pez estaba muerto, agarraba a escondidas la Victorinox que mamá traía siempre en la canasta de la merienda, estaba claro que nadie podía agarrarla ni ponerse a jugar con ella, y lo abrían por el vientre.

Gloria le fue encontrando el gusto a la navegación y a esa gran familia que eran los amigos del náutico. Algunos domingos, Juan Carlos, un veterano del club, la invitaba a navegar. Ella aceptaba. ¿Cómo vas a aceptar?, le decía su



mejor amiga, ¡está casado! Pero Gloria se lo tomaba a la ligera, como un romance de estación: Si a la mujer no le gusta navegar, ¿qué querés que haga el pobre? ¿Que se quede viendo tele y comiendo masitas con la suegra?

Ah, las islas del delta, los recreos, los canales, el Río de la Plata. En la proa del velero el horizonte se abría ciento ochenta grados, y con él, las expectativas, los sueños, las fantasías; a un lado y a otro, más río, más cielo. La ciudad se volvía lejana, una maqueta de ladrillos

rasti, como las que construía Max. El viento le sacudía los malos recuerdos, los problemas, los viajes cotidianos en tren siempre apretados como sardinas.

Alejo, su ex esposo, se enfureció cuando supo que el próximo fin de semana ella pensaba ir a Colonia. ¡Cómo es eso de cruzar al Uruguay! ¿Te volviste loca? Gloria imaginó que el jopo rubio se le habría caído sobre los ojos, como siempre que discutían. Antes de continuar, se lo acomodaba con la mano derecha hacia atrás. ¿Y ese tipo quién es? ¿Y vos,



qué, sabés navegar? Gloria no salía de su asombro. La discusión fue telefónica y en un tono subido, como antes de la separación, cuando peleaban por todo: por el trabajo de él, el de ella, algún amante, el aburrimiento, o por lo que fuera, con voz y gestos violentos, fibrosos, ella con un sollozo contenido que en cualquier momento iba a escupir a borbotones. Cosa rara discutir después de tanto tiempo y por este motivo. Gloria le había avisado sencillamente por consideración. Ese fin de semana, de

todas maneras, a él le tocaba estar con los chicos. ¿Qué le importaba lo que ella hiciera?

Es peligroso, protestó él, una locura.

Gloria le retrucó: ¿Y tu novia? ¿El embarazo, bien?

El ruido de las llaves en la cerradura eran los chicos que volvían del colegio. Cintia entró desprevenida, pero al escuchar la discusión revoleó el guardapolvo y se fue a la cocina. Max y Javier, que venían detrás de ella, hicieron lo mismo. Max miró de reojo a su mamá,



quien, teléfono en mano, firme en el escritorio, caminaba en redondo como un animal enjaulado. Al verlos entrar simplemente les había dado la espalda. Max siguió a sus hermanos a la cocina y dio un portazo de protesta, como siempre hacía en esas circunstancias. Cintia estaba llorando con el tarro de Nesquik en una mano y una cuchara en la otra. Javier se acercó, agarró las tazas, le sacó el Nesquik y llevó todo a la mesa. Estoy muerto de hambre, dijo. Vení, enano, dale. Y Max obedeció.

El viaje a Colonia fue sorprendente. Los dos veleros zarparon muy temprano la mañana del sábado. A la ida, todo placer: viento en popa, navegación tranquila, sol a pleno, cosas ricas con el mate, charla entretenida. Al mediodía ya estaban en Colonia, pasearon por la playa, dieron una vuelta por la ciudad vieja y volvieron al club donde habían fondeado. A la noche, romance en el barco, lento ondular de la quilla. Gloria dormía tranquila, como en un tiempo fuera del tiempo, unas vacaciones roba-



das que no correspondían. No se hacía ilusiones con Juan Carlos, pero no las necesitaba. Después de la separación de Alejo ¿qué otra relación podría afectarla tanto? Despertaron con un cielo gris y cargado. Y el viaje de regreso fue tempestuoso. Viento en contra, río picado; esta vez había que demostrar experiencia en la navegación, tomar decisiones, hacer las maniobras adecuadas. Gloria obedecía a Juan Carlos tanto como le era posible, pero hubo gritos y nervios y la sensación de desastre in-

minente, en ella, sobre todo. En algún momento escuchó una recriminación de Alejo, pero la borró de un plumazo, no iba a pasar nada. El otro velero también avanzaba con dificultad, y dos novatos se pasaron el viaje vomitando por la borda. Todo el mundo estaba crispado. Cuando finalmente llegaron a tierra, mareados todavía por el efecto del río, guardaron los aparejos sin hacer muchos comentarios. La sudestada era fuerte aunque ya no llovía. Alguno quiso bromear, pero no había espíritu,



quizás otro día. Todos se dispersaron lo antes posible. Ella quería volver a casa, ver a sus hijos y aunque se la sacaran de encima y le dijeran no hinchés, mamá; no importaba, ella los iba a abrazar igual y bien fuerte. Seguramente Cintia estaba tirada en el sofá hablando por teléfono, Javier y Max jugando en la terraza o viendo tele. En la panadería compró facturas y merengues, a Max le encantaban los merengues con dulce de leche, y ya estaba muy cerca; en cinco minutos abriría la puerta de made-

ra blanca y los llamaría con voz fuerte como todos los días: Chicos, ya llegué. Pero el auto azul de Alejo estaba frente a su casa, todavía mojado por la lluvia, y fue él quien le abrió. No dijo nada, nadie dijo nada. Parecía un domingo como cualquier otro, más tranquilo, incluso. Los tres chicos estaban en el living alrededor de la mesita ratona, jugando al TEG. Aparentemente ninguno se había alarmado. Merendaron todos juntos en la cocina aunque ya era tarde, con olor a chocolate caliente, parecía una tarde de



invierno y había que resguardarse. Fue una merienda armoniosa, sin estridencias, más suave que las que ella recordaba de la buena época. Una conversación real y fluida entre los cinco, pero tímida. Como si hubiera una alegría profunda o una ilusión que nadie se animaba a manifestar, quizás para prevenir los reproches. Al salir, Alejo quería decirle algo, se le notaba. Llevaba la camisa por fuera del pantalón, el gesto serio se había relajado un poco, y cuando el viento le desordenó el jopo, como siempre, a

Gloria le pareció que sonreía. Algo dijo mientras se metía en el auto, pero Gloria no alcanzó a escuchar.

Max iba a la escuela todos los días con sus hermanos. Cintia comandaba la partida con paso rápido, medias azules tres cuartos, impecables, justo debajo de las rodillas, porque le gustaba llegar a tiempo, evitar el gesto reconcentrado de la directora, entrar en el aula con los compañeros, charlando pero sin llamar la atención. Javier se demoraba



en cada esquina a propósito, se ataba los cordones de los zapatos, se ajustaba la mochila, y Max lo secundaba. Hacer enojar a Cintia era como fastidiar a un gato encerrado: le tirabas de la cola o le hurgabas en las orejas y se irritaba, se removía para irse pero ¿a dónde iba a ir? Cintia amenazaba con abandonarlos, me voy yo sola, decía, las manos en los bolsillos de la campera, tensos los puños; pero siempre los esperaba. Por lo demás a Max le gustaba ir a la escuela. Inquieto, en su casa se aburría. En la es-

cuela, en cambio, siempre había cosas para hacer: un patio grande donde correr, una maestra de inglés a quien molestar, un laboratorio para los chicos de grados superiores, como Javier, a donde él de todas maneras había logrado infiltrarse con la excusa de sentirse descompuesto para después andar yirando por los pasillos en hora de clase. En el aula se sentaba al lado de la ventana, le gustaba perderse mirando por ahí. Por su ubicación estratégica era el primero en saber si el recreo había comenzado,



y si el timbre no sonaba, empezaba la agitación correspondiente. ¿Qué hiciste, Max?, le preguntó Gloria esa noche después de leer el cuaderno de comunicaciones. La maestra quiere hablar conmigo otra vez. ¡Tercera vez en el año, hijo! Pero Max no se inmutó, agarró un par de galletitas y se fue a su pieza, juraba no haber hecho nada.

–Se dispersa –le dijo la maestra al día siguiente–, se distrae, le cuesta mantenerse concentrado en una actividad.

Como la sala de profesores estaba

ocupada, se reunieron en el aula. Los chicos estaban en el patio, en clase de educación física.

–Ah, eso... Sí, Max es un poco inquieto.

Y no pudo dejar de observar el pizarrón: bajo el título “Los seres vivos” el dibujo prolijo de una planta y con flechas hacia fuera el nombre de sus distintas partes. Los nombres incorrectos, tachados, y corregidos con letra de maestra al lado. Todo estaba tachado y corregido. No parecía muy estimulante.

–No hace caso a las indicaciones –



agregó la maestra, queriendo dar importancia a la observación.

Esto no era una novedad, todos los años le decían lo mismo, pero a Max le iba bien, aprendía igual que los amigos, jugaba normalmente con ellos, se peleaba, crecía. Acababa de cumplir diez años. ¿Que fuera inquieto era un problema?, tenía ganas de preguntarle Gloria a la maestra, que era muy jovencita y quizás no tenía mucha experiencia y quizás solo quería chicos disciplinados para que su trabajo fuera más fácil. Pero

no le preguntó nada.

–Últimamente, más –agregó la maestra, rubiecita, delgadita, firme en su cuerpo y en el guardapolvo largo hasta las rodillas.

Afuera los chicos gritaban jugando al quemado.

¿Pero cuántos años tenés?, quería responderle Gloria, ¿veintidós? ¿Y qué tanto sabés de los chicos? Sin embargo, solo dijo:

–La mujer del papá está embarazada, quizás...



Entonces la maestra sonrió ampliamente, qué oportuno este encuentro, claro, era muy probable que Max se sintiera afectado por esta situación. En fin, lo observaría, estaría pendiente. Muchas gracias por venir, le dijo. Y Gloria pensó: pero qué boluda, habla como si esto fuera una reunión social.

Una vez en la calle tiró la entrevista al fondo de sus pensamientos. ¿Por qué no citaban al papá si era él quien estaba confundiendo al chico?

Después del colegio, era común que

Max fuera a jugar a lo de Pablo, el vecino de enfrente. Una vez que cerraba la puerta de casa, cruzaba la calle volando, sin mirar, porque nunca bajaban autos de la avenida por esa calle, y con el mismo impulso de llegada tocaba el timbre. Era común que en la casa de Pablo se reunieran muchos chicos del barrio. A diferencia de la suya, la de Pablo era una casa grande, con paredes de ladrillo a la vista y techo a dos aguas, un jardín con pileta profunda, en la que no hacían pie, y una casita atrás, donde estaban



los vestuarios y un quincho para comer el asado los domingos. Ahí estaba Max ahora: suéter rojo, jean con pitucones en las rodillas, pelo rubio muy lacio, como el padre.

Descubrí la cueva de una araña pollito, le dijo Pablo en voz baja apenas le abrió la puerta. Justo ahora íbamos a investigar. Él es Martín, del cole. Hola, dijo Max. ¿Una araña pollito? Sí, en el fondo está, vengan. ¿Y tu mamá?, preguntó Martín, ¿qué va a decir? No se va a enterar, fue a la panadería. Tenemos

quince minutos antes de que vuelva y nos llame a tomar la leche. La mucama no cuenta. Vamos. Fíjense, las arañas pollito son peludas y amarillas, tienen patas carnosas y altas, dijo Pablo. No, esas son las tarántulas, corrigió Max. Pero las arañas pollito igual. Son venenosas. Esta es una araña pollito, ¿ves? Es como la de la foto del libro de ciencias. Mirá, está bajando del árbol. Para mí que quiere atrapar una víctima, por eso camina despacio sin llamar la atención. Hay que matarla, dijo Max. ¿Y



quién la agarra? Ponemos una lata acá y la empujamos con un palo. ¿Una lata? Sí. A ver, esa lata de pintura la podemos usar, está vacía y mi mamá no se va a dar cuenta. ¿Y después? No sé, ¿vos qué decís? Podemos prenderle fuego, propuso Martín. O podemos traer al gato a ver qué hace, propuso Pablo. Seguro que luchan. Pero el gato no nos va a hacer caso. Lo traemos con la correa. Pero no tenemos correa para gato en casa, los gatos no se sacan a pasear. Es cierto. Bueno, yo tengo esta soga, dijo Max.

Eso, hacé el nudo ese que vos sabés. ¿Cuál? Yo sé hacer muchos nudos. No te hagás el canchero, Max, hacé el del ahorcado. Pero no lo vamos a ahorcar al gato, ¿o sí? No, se lo ponemos, lo traemos como si fuera una correa y lo obligamos a luchar. ¿Y si la araña lo pica? Si hace eso, la matamos. Dale, vamos.

Con su perro era distinto. Max jamás le haría algo así a Rocco. Pero no el nudo o la correa, no, eso lo hacía y nunca pasaba nada; ponerlo a luchar con una araña pollito, eso sí jamás se le había ocurrido.



Al final fue una desgracia con suerte, como decía su abuela. No era una araña pollito así que no era venenosa; que si no, el gato hubiera espichado, finiquitado, pasado a mejor vida. Tanto Alejo como Gloria se habían enojado muchísimo con él y le habían prohibido volver a jugar con sogas. En lo de Pablo no lo querían ni ver. Gloria estaba indignada: ¿Vos le harías algo así a tu perro, decime? A Rocco, no, nunca; pero además el problema había sido la araña, no el gato, y Pablo, el autor de la idea. Max no en-

tendía por qué lo estaban retando tanto, si al final no había pasado nada. Rocco era un gran compañero de juegos, nunca jamás lo pondría en peligro. Gloria no dejaba que entrara a la casa porque llenaba todo de pelos y de olor a perro, pero cuando estaban solos, él lo hacía pasar. Iba y venía por el living, la cocina, los dormitorios. Agarraba alguna media escondida en los rincones y la llevaba en la boca como si fuera un hueso. Era un poco asqueroso, le gustaban las medias sucias, pensaba Max, y a propósito



las dejaba por ahí, cosa que a Gloria la sacaba de quicio porque todo el tiempo tenía pares de medias incompletas. A Max le gustaba además que Rocco se instalara en su pieza y le hiciera compañía. Prendía la televisión y se quedaban juntos, sentados sobre la alfombra, o él recostado en la cama marinera y el perro a sus pies, comiendo bizcochos y mirando alguna película.

Sábado por medio, Alejo pasaba a buscar a los chicos a eso de las diez de la mañana y se quedaban con él hasta el do-

mingo a la noche. Si hacía buen tiempo, iban a la casa que sus padres tenían en Pilar. Si hacía frío, la opción era el departamento de San Isidro. Pero cuando la novia quedó embarazada, por un tiempo dejaron de pasar juntos los fines de semana. Alejo venía y los llevaba al cine, o a un club, o a veces se quedaba en la casa con ellos si Gloria no estaba. Gloria salía a navegar cuando Alejo se quedaba con los chicos. La relación con Juan Carlos había terminado pero otros compañeros la invitaban. Y ella acepta-



ba, aunque no tenía el mismo optimismo que al principio. Algo había aprendido del viaje a Colonia, algo que tenía que ver con que ella nunca se convertiría en una buena navegante. Era como criar hijos, así de minucioso, y ella había empezado tarde. Cuántos viajes se necesitaban para entender en el cielo las señales, las nubes, intuir el viento, el movimiento del agua y decidir entonces la maniobra correcta. Pasaban años antes de que uno aprendiera. Y a veces ni siquiera entonces. Si no, por qué

ocurrían los accidentes. Un imponderable, un error, un cálculo equivocado, un olvido, una imprudencia. Si el accidente era fatal casi nunca se sabía el motivo; si alguien sobrevivía podía relatar la experiencia, eso era cierto, pero en todo caso, la experiencia llegaba tarde. Además ella, por su naturaleza, era un poco inquieta y no se concentraba lo suficiente cuando le daban las explicaciones, como Max.

Fue un jueves del mes de septiembre.



Alejo estaba en su oficina, como todas las tardes. Tenía una reunión con unos clientes y después quedaba liberado, seguramente a eso de las cinco. Había decidido pasar por la casa de Gloria. Hacía quince días que no veía a los chicos porque el embarazo tenía a su novia vomitando todo el tiempo, de mal humor, hipersensible, en fin, un problema llevar a los chicos o dejarla sola incluso una tarde, ella, que era muy joven y celosa de todo su tiempo. Gloria también estaba en su oficina, como todas

las tardes. Se desocupaba a las cinco, pero tenía pensado pasar a depilarse por el local recién inaugurado frente a la estación de trenes. Le habían dado un ticket de promoción y quería aprovecharlo. Javier estaba en la casa de un compañero preparando una maqueta para la exposición de ciencias de la escuela: una usina hidroeléctrica a escala. No volvería a casa hasta las siete. Cintia había ido al instituto de inglés, una clase regular, a tres cuadras de su casa. Max estaba solo. Cuando Max llegaba



a casa y sabía que estaba solo, primero hacía un reconocimiento de todos los ambientes. Revoleaba la mochila y el guardapolvo en el sofá, iba hacia la cocina y abría la heladera sin ningún motivo fijo, se quedaba mirando los estantes y después la cerraba. Iba hasta el patio y dejaba entrar a Rocco. Rocco se le tiraba encima, lo rodeaba con saltos, lo seguía en círculos hacia la planta alta. Arriba, pizpeaba el cuarto de Gloria, después el de Cintia, después el que compartía con Javier. Como si necesita-

ra comprobar primero que todo estaba en orden, una vez hecho esto volvía a la cocina y se preparaba la merienda. En general un sándwich de salame y queso. Y le daba unas fetas a Rocco. Gloria se hubiera enfurecido pero a él le gustaba consentir a su perro. Después de merendar fueron a la terraza: le dio a la pelota contra la pared hasta que se aburrió. No tenía permiso para salir de casa, así que llamó por teléfono a Pablo para invitarlo a jugar con él. Pero Pablo no estaba, había ido al dentista. Pobre,



pensó Max, él odiaba ir al dentista. Eso de quedarse sentado con la boca abierta y un reflector frente a sus ojos y después la anestesia, el pinchazo y el torno, era sin duda de las peores experiencias de la infancia. De hecho, Max no conocía a ningún chico al que le gustara ir al dentista, y menos que pensara en convertirse en uno, aunque pensándolo bien, eso podía ser un poco divertido: ver la carita de horror de los chicos, los ojos a punto de llorar. Aunque el mal aliento ¿y la baba? No, definitivamen-

te no era para él ese futuro. Ya en su cuarto, prendió el televisor y aprovechó para subirse a la cama de Javier, la parte alta de la cama marinera. Desde allí Rocco se veía más chico, más impotente. Rocco se quedó quieto como quien espera una orden, y después se sentó sobre las patas traseras y dejó las de adelante erguidas, sin quitarle los ojos de encima a su amo. Max se acostó como para ver la tele pero era muy incómodo desde allá arriba, no entendía cómo Javier lo soportaba. Se dio vuel-



ta, quedó frente a la pared, encontró un papelito escondido entre el colchón y el borde de la cama. Olía a perfume de chica, dulce, a los brillos de labio con sabor a frambuesa. Lo leyó, se burló, así que Javier está de novio, ahora sí que lo iba a poner contra las cuerdas cuando empezara a molestarlo. Y al darse vuelta y ponerse boca abajo vio la parte alta del placar abierta y entre las bolsas de dormir y cosas de campamento, encontró la soga que Gloria le había quitado después del evento en la casa de Pablo.

Ajá, con que ahí estaba. Él ya la había dado por perdida, tirada a la basura. La agarró. En la tele cambió de canal, eran las cinco en punto. Cintia estaba saliendo del instituto y tenía hambre, así que aceptó la invitación de un compañero y fueron al quiosco a comprar unos alfajores de chocolate. Gloria había salido de su oficina y esperaba el tren en la estación Belgrano, en el aire se sentía la primavera. Max aprovechó y empezó a practicar los nudos que hacía tiempo no le dejaban hacer. Pasó la cuerda por el



respaldar, preparó el nudo, después se lo puso alrededor de su cuello, lo ajustó como siempre. No entendía por qué los papás lo habían retado tanto, era una vocación que tenían por la exageración. Cintia se despidió de su amigo después de comer el alfajor y apuró el paso, eran tres cuadras las que tenía que caminar. Alejo se despidió efusivamente de sus clientes, el negocio era un hecho. Max se arrastró hasta el otro extremo de la cama y miró hacia abajo, hacia la suya, ahí estaba el palo de hockey que podía

serle útil. Max se estiró para alcanzarlo, un brazo afuera, medio cuerpo afuera, colgando de la cama, ya casi lo tenía, casi, no iba a pasar nada, pero cayó y no llegó al piso.

Rocco empezó a ladrar. Se puso en cuatro patas, retrocedió, se acercó a Max, lo empujó con el hocico, con la pata delantera.

Siguió ladrando, cada vez con más fuerza.

Fueron los ladridos lo primero que escuchó Cintia al entrar a casa. Y como



no paraban, subió.

A veces, la única diferencia entre la peor pesadilla y la peor realidad es que la pesadilla termina. El que duerme finalmente abre los ojos, se sienta en la cama, grita (si es necesario), se seca la transpiración o las lágrimas (si ha llorado), se quita las frazadas o las sábanas, mira hacia la ventana (si hay ventana), llama a alguien (si hay alguien). Y se termina. Son pocas las veces en que uno vuelve a dormirse y entra nueva-

mente en la misma pesadilla.

Pero en la realidad no ocurre lo mismo. No hay descanso.

El entierro de Max fue al día siguiente en el cementerio de Olivos. Era una mañana con sol radiante, el polen flotando en el aire, por todos lados una brisa que removía las hojas de los árboles y traía perfumes dulzones, incipientes; una mañana de primavera casi perfecta. La ciudad vivía, pero todos los ruidos estaban encajonados en la avenida. Del otro lado del muro había un



cortejo absurdo: chicos de entre nueve y catorce años. Chicos que a esa hora debían estar en la escuela, jugando a la mancha en el patio, tironeándose de los guardapolvos, estaban ahí, quietos, obedientes, muy serios. Una nena de trenzas largas, pelirroja, caminaba de la mano de su madre y lloraba frenéticamente, con un miedo histérico, como de pensar que si Max había muerto así (algo incomprensible que los padres ni siquiera querían contar), a cualquiera de ellos les podía ocurrir lo mismo. Na-

die estaba a salvo, ni el más habilidoso; tenían que desconfiar de ellos mismos cuando jugaban, porque cómo Max iba a querer hacerse daño, estaban locos los que decían eso; había desobedecido, nada más. Y si esto era así, el castigo por la desobediencia podía llegar a ser descomunal, una verdadera película de terror. Los amigos de Javier y de Cintia, que eran más grandes y tenían otro grado de conciencia, optaban por la hipótesis del accidente y calmaban la desazón que los recorría como una lombriz



inquieta, pensando que ellos sí sabían distinguir los peligros perfectamente. El portero del cementerio miraba pasar el desfile y fumaba en silencio su primer cigarro. De pie, la mano arrugada en el bolsillo, la boina en la cabeza, buscaba a los familiares. Y en el centro estaban: Alejo y Javier. Alejo llevaba abrazado a su hijo por el hombro, los dos rubios, delgados, Alejo un poco inclinado hacia adelante, como si un eucalipto hubiera caído sobre él. Había ido solo. Esa mañana le había pedido a su novia que no

lo acompañara, para él mismo era extraño y no podía explicárselo, pero la desconocía, solo podía mirarla a través de un cristal empañado, como si nunca hubiera dormido con ella, como si nunca más fuera a dormir con ella. Del otro lado del cortejo, unos metros a la derecha, Gloria y Cintia, abrazadas también, sosteniéndose mutuamente. El cabello largo de Cintia, adolescente y castaño, en vaivén; Gloria, oculta tras un par de anteojos negros, anchos, enormes, como si hubiera decidido volverse una



mujer ciega, levantar un muro entre ella y el cielo. Y la gente alrededor, en silencio, solo pasos que golpeaban contra la calzada. Un momento antes de que empezara la ceremonia, Gloria y Alejo se descubrieron al lado, y entonces, como habían hecho a lo largo de muchos años, se agarraron de las manos, sin mirarse a los ojos, sin decir una palabra, como si fuera natural y necesario. Y así los cuatro quedaron enlazados, mirando hacia el norte; el sol alto, encegueciéndolos. Prefiguraban sin saberlo el futuro.



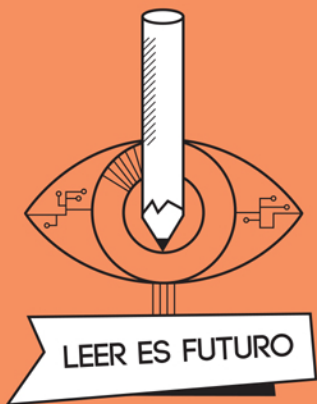
AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina